# Luis Martín-Santos

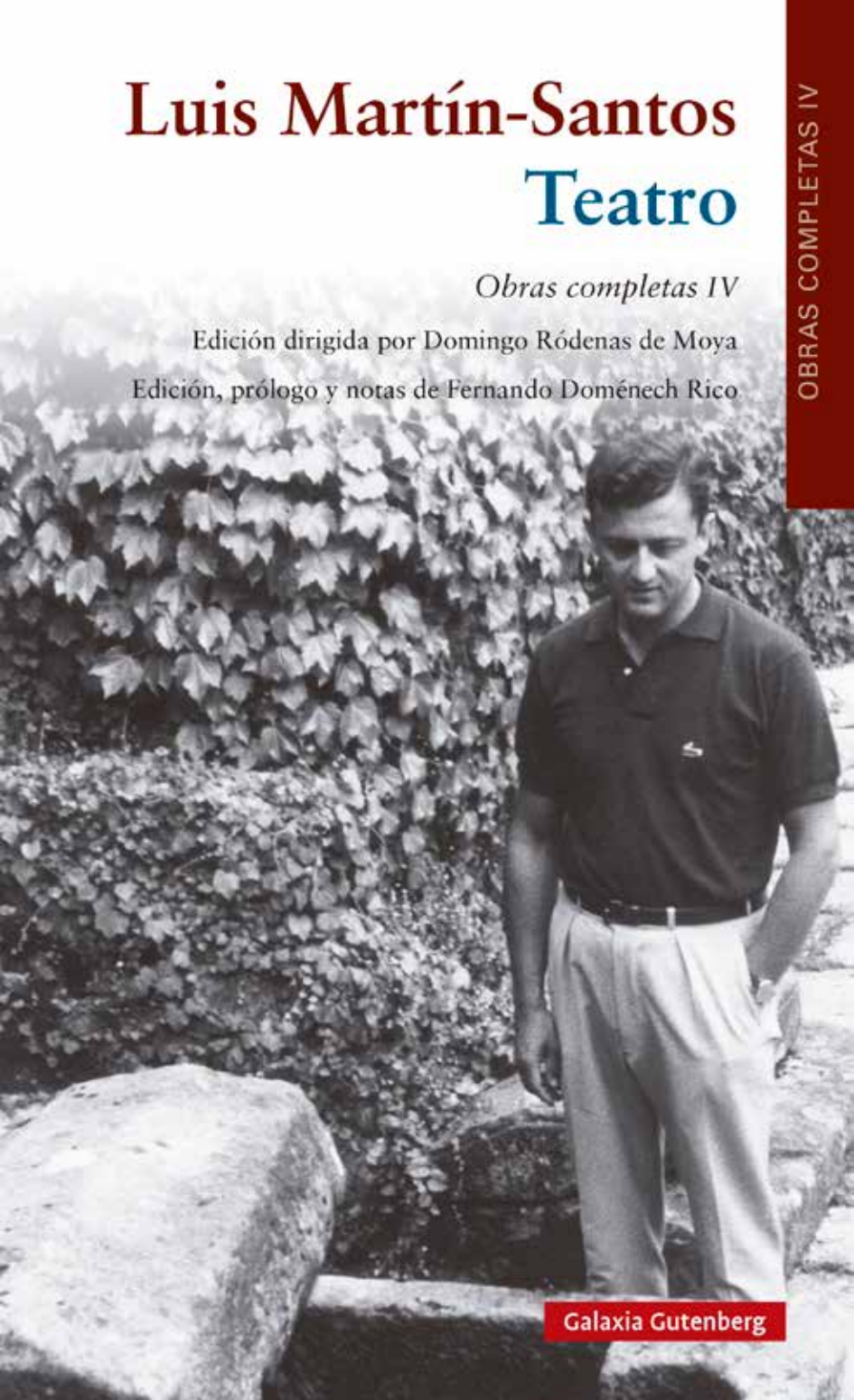
# Teatro

*Obras completas IV*

Edición dirigida por Domingo Ródenas de Moya

Edición, prólogo y notas de Fernando Doménech Rico

OBRAS COMPLETAS IV



Galaxia Gutenberg

LUIS MARTÍN-SANTOS

OBRAS COMPLETAS IV

# Teatro

Edición dirigida por
Domingo Ródenas de Moya

Edición, prólogo y notas de
Fernando Doménech Rico

Galaxia Gutenberg







Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura.

Edición dirigida por Domingo Ródenas de Moya

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2025

© Herederos de Luis Martín-Santos, 2025
© de la edición: Domingo Ródenas de Moya, 2025
© del prólogo y las notas: Fernando Doménech Rico, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 86-2025
ISBN: 978-84-10317-44-4 (volumen)
ISBN: 978-84-10107-35-9 (obra completa)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

IRMA

# Irma

*Tragedia en Tres Actos*

## ACTO I

*La escena representa un paisaje industrial en las proximidades de una mina de carbón. Luz gris-rojiza que da carácter de hollín y de fábrica al ambiente. El foro no es practicable. Por la derecha se va al pozo de la mina. A la izquierda edificios y almacenes. Uno de ellos con puerta practicable.*

### *Escena 1*

WERNER. *(65 años, vestido pobremente de obrero.)* Me angustia la obscura magnitud de los hierros y las duras siluetas de sus aristas. Parece que este siglo ha endurecido al mismo tiempo el corazón de los humanos y las formas de las cosas.

Recuerdo las dulces mañanas de mi aldea cuando una tímida campana golpeaba a lo lejos el horizonte con sus latidos delicadamente alegres. Por doquiera se oían los balidos de los corderos de vellón milagrosamente blanco y el aire era transparente.

Pero las auroras de esta tierra están teñidas de rojo y de negro. La luz pugna por atravesar las densas nubes de humo y, apenas si algunos rayos amarillentos llegan a posarse en mis mejillas empalidecidas, que precisan de más cálidas caricias.

### *Escena 2*

WERNER y MINEROS, con CAPATAZ.

*Van entrando silenciosamente. Los* MINEROS *visten pantalón negro con polainas, llevan camisa de diversos colores con las mangas recogidas hasta el codo, en la cabeza su típico casco con el farol apagado. El* CAPATAZ *pantalón y botas mejor cortadas, camisa negra, no lleva casco en la cabeza. Sus cabellos grises, desgreñados ornan su rostro enérgico.*

WERNER. Constante sigue la llaga de mi oculto dolor devorando mis entrañas. Como los males que no se traducen en hemorragias ni en desvanecimientos, pero siguen su marcha sin descanso, así este dolor a mí me arrastra hacia abismo más hondo.

CAPATAZ. ¿Qué es lo que hablas ahí entre dientes? ¡Eh, tú, anciano! Hemos escuchado tus quejas y aguardamos para compadecerte a conocer la desgracia que te aflige. En estos tiempos de dolorosa guerra y de común esfuerzo nadie extraña el tropezar con rostros afligidos cada mañana.

WERNER. Cada hora y cada minuto que pasa más cruelmente la siento.

CAPATAZ. Nosotros nos dirigimos a la mina. Vamos a hundirnos en sus profundidades para extraer el mineral valioso e inagotable. La grandeza de la Patria nos lleva, una y otra vez, hasta ese lugar de esfuerzo gigante donde nuestra salud va quedando paulatinamente debilitada. Sentimos nuestros pulmones llenos de la misma piedra a la que dedicamos nuestra vida y la dificultad de nuestra respiración en la atmósfera caliginosa de las galerías es cada vez mayor. Nuestros hijos juguetean en la superficie mientras tanto, lejos de nuestros dedos encallecidos. Nuestras mujeres vagan solitarias.

He aquí, sin embargo, que con ánimo esforzado soportamos todo esto y nuestros rostros permanecen serenos.

¿Es acaso tu dolor más fiero o es que eres tú más débil?

WERNER. No permitiré que sea insultado un soldado del Emperador.

MINERO 1. Guárdate tus bravatas, anciano.

WERNER. No permitiré que sea insultado un soldado del Emperador.

MINERO 1. Menguado estuvo el Emperador con tales soldados.

WERNER. ¡Ah! Yo combatí valerosamente. En todo el Regimiento el cabo Werner era conocido. Los oficiales sonreían respetuosamente al contestar mi saludo. Era joven y osado y en las guerras resplandece la osadía y la juventud.

El recuerdo de aquellos días entristece mi corazón ahora que me veo obligado a trabajar servilmente.

CAPATAZ. No ha de ser esa causa de dolor, anciano. El trabajado no ha de ruborizar a quien glorificó sus manos con sangre enemiga en su juventud.

WERNER. No se hizo el brazo que manejó el sable para quitar el polvo en las mesas de los escribientes ni las manos que apretaron las gargantas caucásicas para sacudir las alfombras que ensucian los ingenieros.

CAPATAZ. Haz cuenta que es glorioso todo servicio de la Patria. Nosotros proclamamos la grandeza de nuestro destino con el mismo orgullo con que tú hablas de tus combates.

WERNER. Vosotros no exponéis el pecho a la bala que silba ni a la espada que corta el aire con amenazador zumbido. Ignoráis el salto salvaje del caballo enloquecido y el aullido feroz de la voz humana que el terror azota.

CAPATAZ. Otros son nuestros peligros y más tenso y continuado nuestro esfuerzo constante.

WERNER. ¡Ah! Os encuentro cobardes, hombres fuertes que en la retaguardia os cobijáis bajo las montañas como insectos hacendosos y activos.

*El* CAPATAZ *enfurecido avanza y sacude a* WERNER *que retrocede. Los* MINEROS *se arremolinan en torno a su* CAPATAZ.

MINEROS. Nosotros, los obreros, tenemos nuestro honor.

*El* CAPATAZ *avanza hacia el escenario exaltado y declama.*

CAPATAZ. Nosotros, los obreros, tenemos también un corazón bajo nuestras ropas burdas. Bajo nuestro pesado casco

bullen pensamientos y afectos. Nuestro exterior es rudo, pero cada insulto nos abre una herida. Sentimos nuestra dignidad por la grandeza de nuestro esfuerzo y tenemos conciencia de que cooperamos en una obra grande.

MINERO 1. Trabajamos por la grandeza de Alemania.

CAPATAZ. Cada primavera llega un soplo tibio hasta la profundidad de nuestras galerías y el polen germinal de los árboles nos hace pensar, bajo nuestra piel manchada de negro, en nuestras compañeras limpias y blancas. Sonríen nuestros labios resecos al recordar el beso de sus bocas jugosas y sanas.

MINERO 2. Y pensamos en los hijos que hemos dado a la gran Alemania.

CAPATAZ. Porque nosotros, los obreros, somos el fundamento del mundo. Dominamos con nuestras manos encallecidas los ejes de todas las ruedas que giran. En nuestro pecho hemos afilado las espadas refulgentes. Cada horno que arde con llamas insaciables, a nosotros nos debe su calor; y las elevadas tensiones de las calderas estallantes sentimos repercutir en nuestro costillaje recio.

MINERO 3. Somos la columna de duras vértebras que sostiene erguido el torso del orgulloso Imperio Alemán.

CAPATAZ. Nosotros, los obreros, paseamos nuestros dedos en caricia por las entrañas más hondas de la Patria y extraemos del doloroso encuentro sus negros tesoros. Cada día más tímida nos huye. Nos esconde a nosotros, sus amantes, avara de sí misma, su riqueza. Pero nosotros sabemos forzarla hasta en sus más íntimas profundidades.

MINERO 4. Porque sin su tesoro negro pronto la máquina gigante que hemos construido se detendría exánime.

CAPATAZ. Nosotros, los obreros, blasfemamos de Dios en nuestro esfuerzo, porque somos sus compañeros de obra. Como él, incesantemente ambiciosos, creamos nuevas formas, nuevas fuerzas, como él nos sentimos al séptimo día fatigados. Por eso, en nuestro esfuerzo, blasfemamos de Él amorosamente. Porque somos su raza predilecta.

MINERO 5. Su Creación es más perfecta gracias a la obra de nuestras manos.

CAPATAZ. Por eso Dios se ha dormido y deja que los enemigos nos asedien estrechamente. Sabe que, cuando sea preciso, nosotros, los obreros, saltaremos al espacio y robaremos al sol un nuevo astro donde hacer otra tierra y comenzar de nuevo.

MINERO 6. Y sobre ella el eterno gran Imperio de Alemania.

*Pausa.*

MINEROS. Nosotros, los mineros, tenemos nuestro honor.

*Pausa.*

WERNER *se levanta trabajosamente y pasa a lo largo de todo el grupo de* MINEROS *que hieráticos parecen meditar en las anteriores palabras.*

WERNER. Vuestras palabras me han conmovido, mineros. Sois hermanos de mi orgullo.

Habló en mí la debilidad y mi vejez. Porque mi corazón sigue estando atribulado por un mal doloroso y una gran amargura cubre toda posible grandeza. Busco inútilmente en el recuerdo de pasados días el alivio. ¡Ah! Me encuentro tan perfectamente inútil y tan en ausencia de todo afecto. El corazón del guerrero es tierno a pesar de sus bélicas crueldades. Y en la vejez tan necesaria es una caricia y una palabra amable al corazón arrugado como al paladar seco un trago de vino tibio.

CAPATAZ. Deploramos tu soledad, anciano, pero no podemos disculpar la debilidad que te hace prorrumpir en quejas.

WERNER. Mi debilidad es producto de la vejez, amigo mío.

CAPATAZ. Conozco ancianos en cuya frente y en cuyo entrecejo fruncido aún pueden verse los nobles rasgos de una voluntad firme que señorea todavía en aquel cuerpo caduco y débil. Tus rasgos, por el contrario, no indican sino una resignación débil y vergonzosa ante los golpes con que el destino te puede haber herido.

WERNER. El siglo ha cambiado mucho ante mis ojos. No son cincuenta los años que han transcurrido apresuradamente

sino ciento cincuenta. Así yo también en un más breve lapso me encuentro tres veces más envejecido. Habéis engendrado un exceso de máquinas y de ideas para mi vida sencilla. Yo no he sido educado en este nuevo concepto y noto que mis palabras desvarían lastimosamente cada vez que intento medir los acontecimientos del presente. Igualmente mis pensamientos son incapaces de comprender ni aun de seguir trabajosamente el ritmo de los días.

CAPATAZ. ¡Pobre viejo! Quizá lo seas, en verdad, excesivamente para la intensa juventud del momento. Antiguas mitologías llenan tu cabeza y te impiden apreciar la simplicidad de las nuevas verdades. Debes recogerte al regazo de tu mujer o de tu hija como antiguamente los niños temerosos del mugido del viento en el desván…

WERNER. ¡Mi hija…!

## *Escena 3*

Dichos e IRMA, seguida de tres jóvenes con el uniforme del Partido. Las tres son altas, rubias y silenciosas. Visten falda pantalón.

IRMA. *(Rostro ardiente, bella, anda con paso muy seguro, habla enérgicamente. Lleva pantalón negro con bota alta. 28 años.)* Salud, obreros. Que el nuevo día os halle llenos de energía y que vuestro trabajo sea eficaz.

CAPATAZ. Te saludamos, camarada Schwarz. Conocemos cuál es nuestro deber y dentro de breves instantes la tierra gemirá bajo el mordisco de nuestras perforadoras. Verás cruzar las vagonetas cargadas con la hulla recién despierta y tu corazón patriota podrá regocijarse. No será porque nuestros brazos reposen, mano sobre mano, inútilmente, por lo que se derrumbe el Imperio.

IRMA. ¿Qué dices, capataz? ¿Cómo admites ni aun como posible semejante contingencia?

Bien sabes que el Imperio es eterno. La fuerza de nuestra sangre pura dominará las dificultades.

CAPATAZ. ¿Quién puede vanagloriarse de conocer todas las encrucijadas del destino?

Los acontecimientos se desarrollan conforme a la ley que les encadena su falta de toda ley. ¿Fue alguien capaz de predecir la explosión que se llevó a una tumba profunda y desconocida a mis dos hijos con los mejores mineros del Pozo?

IRMA. Ese accidente que directamente te atañe te hace ver las cosas teñidas de absurdos presentimientos. ¿Acaso no estás orgulloso de la muerte de esos valientes camaradas en el puesto del deber?

CAPATAZ. Únicamente mi corazón deplora el no haber hallado tan honroso fin.

*Pausa.*

WERNER. Te deseo salud y felicidad, camarada Schwarz.

IRMA. Únicamente interesa ahora la felicidad del Estado y su servicio. Puedes guardar para mejor ocasión tus votos.

WERNER. He creído que un padre podría desear a su hija…

IRMA. Hablas con palabras cuyo significado no es claramente comprendido por mis oídos. El Partido es quien ahora justifica mis relaciones con otros hombres. Y debo reprenderte pues a esta hora permaneces aún en el exterior olvidado de tu deber de la oficina.

MINERO 1. Extrañamente ha hablado esta hija a su padre; no hay duda de que a todo interés particular sobrepone el del Imperio. Antiguamente nunca se habría esperado oír estas palabras.

JOVEN 1. He aquí una actitud que se me muestra llena de enseñanzas; mi conciencia política me lleva a aplaudir a Irma.

WERNER. Camarada Schwarz, soy muy viejo. Ah, estoy cansado de toda esta vida y no te comprendo. En modo alguno el porvenir de Alemania puede depender del modo como yo quite el polvo de tu despacho.

IRMA. No es lo importante tu obra, sino tu espíritu de servicio. ¿Por qué quisiste servir bajo mis órdenes? Muchos más destinos había en que tu conciencia burguesa no había de chocar con el simple hecho de deber obediencia a tu hija. Pero

tú careces de espíritu de servicio y sueñas con pasadas épocas en lugar de vivir valerosamente esta.

CAPATAZ. He aquí unas palabras oídas de labios de un Jefe que no puedo menos de suscribir. La situación sería menos penosa si el viejo sirviera en una oficina más cómoda. Esto está excesivamente lleno de hombres rudos y mujeres varoniles.

WERNER. ¿Quién va a hablar de hombres rudos a un antiguo soldado del Emperador?

JOVEN 2. Quizá los hombres rudos de tu tiempo lo eran menos que las rubias camaradas del Partido…

MINERO 2. Compadezco al viejo Werner. No está en su época y sin embargo conserva una vanidad completamente juvenil que suena a falso.

MINERO 3. Las muchachas del Partido le dan lecciones de virilidad.

MINERO 4. Es dura cosa llegar a la vejez en un tiempo en que los viejos ya no sirven para aconsejar.

WERNER. Yo he demostrado sobradamente ser tan hombre como el que más lo sea.

Muchos hombres de luengas barbas, no mocitas carilindas como estas, han temblado ante mis ojos inyectados en sangre. Esta mano ha empujado a muchos hombres hacia el salto definitivo.

Sin embargo, yo no encuentro nada que prohíba a un valeroso guerrero tener una hija y amarla.

IRMA. ¿No te sonroja proferir esas palabras dignas de un ama de cría? ¿Crees que soy una virgencita rústica a la que pueda adormecer tu canción de cuna? Por el contrario, recuerdo de siempre tu amor al aguardiente más que tu cuidado por la prole hambrienta. No sólo a muchos hombres empujaste hacia la muerte; a tu mujer también condujiste al hospital.

MINERO 5. Duramente le ha apostrofado. Graves son las acusaciones que la hija arroja al padre. No es de ahora sin duda la disensión.

CAPATAZ. Te ruego, camarada Schwarz, que no sigas zahiriendo a este hombre. En cuanto a su retraso, echa sobre nosotros la culpa, pues le detuvimos con nuestra charla en el momento en que se disponía a comenzar el trabajo.

IRMA. Me disgusta profundamente vuestra manera de proceder. Parece ser que empleáis vuestro tiempo libre en cotillear distrayendo de su trabajo a los empleados del Partido. Esto me decepciona. Primero por la distracción del empleado, y después por vuestra falta de espíritu que os impide comenzar algún trabajo voluntariamente antes de la hora.

JOVEN 1. Es cierto que en esta época las mujeres constantemente tenemos que dar lecciones de espíritu a los hombres.

JOVEN 2. El capataz no parece, sin embargo, avergonzado.

JOVEN 3. Es repugnante el comportamiento de nuestros padres. Parece como si no comprendieran la grandeza de nuestra lucha.

CAPATAZ. Camarada Irma Schwarz, voy a contestarte con todo el respeto que merece tu clara inteligencia, tu entusiasmo y el puesto que ocupas en el Partido: camarada Irma Schwarz, tienes razón.

## *Escena 4*

IRMA y las tres jóvenes del Partido. RUDOLF MÖLLER y los dos SS.

*Con las últimas palabras de su capataz los obreros comienzan a dirigirse hacia el pozo. Suena en este momento la sirena prolongada y aguda que anuncia el comienzo del trabajo. Cuando los últimos mineros desaparecen de escena, entra por la izquierda una motociclista. Del sidecar se apea un hombre como de 35 años que viste uniforme de oficial de las SS. Dos soldados del mismo cuerpo le acompañan. Los últimos mineros se vuelven al oír el ruido y luego siguen su camino.*

IRMA. ¡Heil Hitler! *(Saluda levantando el brazo.)*
RUDOLF. ¡Heil Hitler! *(Id.)*

*Se acercan y se estrechan la mano.*

IRMA. Me alegra volver a ver al camarada Möller. ¿Te trae alguna cuestión de Servicio?
RUDOLF. Exactamente.

*Las tres jóvenes saludan al oficial. A una señal de* IRMA *se retiran.*

IRMA. Podemos hablar aquí mismo. En el interior de un edificio, nunca puedo afirmar que no soy escuchada.

## *Escena 5*

IRMA, RUDOLF y los dos SS en un ángulo.

IRMA. ¿Cómo son las últimas noticias?
RUDOLF. No tan buenas como quisiéramos.
IRMA. ¿Es cierto lo que…?
RUDOLF. *(Interrumpiendo con un gesto de disgusto.)* Sí. *(Pausa.)* Pero vamos a nuestro asunto. ¿Cómo está el entusiasmo en estos parajes?
IRMA. Bien; creo que, en términos generales, no está mal. Se trabaja.
RUDOLF. ¿Los obreros?
IRMA. Los obreros bien.
RUDOLF. ¿Los capataces?
IRMA. Hacen todo lo que pueden.
RUDOLF ¿Y los jefes, digo, el jefe?
IRMA A. ¿El ingeniero?
RUDOLF. El mismo.
IRMA. No sé; es el suyo un trabajo más difícil de fiscalizar. ¿Hay alguna sospecha contra él?
RUDOLF. Nada en concreto. Se dice que es demasiado inteligente. Y además que sabe que es inteligente. Precisamente aquí hace un maravilloso trabajo. Pero también sabe que su trabajo es maravilloso. En fin, tú me comprendes.
IRMA. No.

RUDOLF. Sí; Irma. Tú también tienes algo de su inteligencia. Y, a propósito: ¿nunca, entre las dos inteligencias, ha habido ningún interés de aproximación? Aproximación amorosa… se entiende.

IRMA. No.

RUDOLF. Es extraño; se decía también en las altas esferas que quizá fuera conveniente separaros, juntos trabajáis demasiado bien. ¿No lo has pensado alguna vez?

IRMA. No.

RUDOLF. Tu trabajo, desde luego, se aprecia en todo lo que vale…

IRMA. Mi lealtad al Partido no puede ser puesta en duda por nadie.

RUDOLF. Sin duda que no. *(Pausa.)*

Bueno; dejemos ese asunto aparte. Hay algo más urgente que también tengo que decirte. Es en realidad mi verdadera misión. Perseguimos a un prófugo. Un Prisionero extranjero ha escapado. Es un peligroso saboteador. Domina nuestro idioma a la perfección y tiene una audacia sorprendente. La pista concluye en estas cercanías. Es casi seguro que intentará dar algún golpe. En todo caso debe haberse escondido entre los almacenes. Aquí hay muchos sitios adecuados, así que…

IRMA. Es ridículo… *(Se ríe.)*

RUDOLF. ¿Qué es lo ridículo?

IRMA. No intentes hacerme creer que has venido aquí para hablarme del prófugo.

Prefiero poner completamente en claro el asunto principal. Te diré la verdad: Hans me ama desde hace meses. Tú le conoces: sabes cuán inteligente es y cuán apetecible para una mujer. Yo me he negado hasta el momento. Me parece que ahora toda satisfacción individual entre los miembros del Partido debe posponerse a lo sagrado de nuestra misión. Así se lo he dicho a él. Pero no quiere admitir la necesaria anulación de nuestras individualidades. Es evidente que si nos casáramos gran parte de nuestras energías y de nuestro tiempo dejarían de ser aprovechables para la obra común. Sería una verdadera traición a los que mueren, nuestros

amores. Cada abrazo nuestro sería como una sardónica carcajada ante su sacrificio. No. Me parecería abrazar un cadáver, la frialdad de la traición…

*Pausa.*

De tal modo siento la grandeza de Alemania como el objetivo de nuestras vidas que no acierto a imaginarme la mía de otro modo.

¿Cuál sería el móvil que podría moverme sin ese fin más elevado sobre mi frente? El mundo me parecería una cosa vacía y mi vida apenas se elevaría sobre la de los animales.

RUDOLF. Quizá te juzgues con demasiada severidad. Nadie ha dicho todavía que el amor mutuo sea un crimen contra el Estado.

IRMA. Yo veo con mucha claridad este problema. El amor sirve únicamente para perpetuar la raza Aria. El placer o disgusto de los individuos no debe contar en este problema.

RUDOLF. ¿Opina de idéntica manera tu Hans?

IRMA. No. La ideología del Partido no ha entrado con suficiente profundidad en su espíritu excesivamente complejo. Hace un momento, con mis ásperas quejas, impulsé a las mentes sencillas de los obreros a un mayor trabajo suyo, mayor será la potencia alemana, entra sin ninguna resistencia en sus cerebros plásticos. En cambio, todo razonamiento, todo silogismo es en la mente de Hans únicamente el aporte de una nueva opinión a la confusa asamblea que ya tienen allí montadas todas las filosofías y sistemas. Él analiza, critica, estudia y se hunde una y otra vez en la duda eterna. Acepta el trabajo únicamente como liberación práctica al eterno círculo vicioso de sus cavilaciones.

RUDOLF. Lo que no le impide trabajar eficazmente.

IRMA. Así es.

RUDOLF. No sé hasta qué punto puede admitirse dentro del Partido a un individuo cuyas convicciones son inestables.

IRMA. Lo criminal para con el Estado sería no admitir al individuo cuyo trabajo tan útil e imprescindible es en este momento.

RUDOLF. Aprecio más la convicción doctrinal que las dotes intelectuales.

IRMA. Pero lo que prácticamente recibe Alemania es la hulla que él extrae.

RUDOLF. No reconozco en ti a la antigua fanática de Hamburgo. Tú no pareces ya ser aquella que con implacable astucia perseguía por el barrio de los muelles a los enemigos del régimen.

IRMA. Todos somos quizá un poco más alemanes y un poco menos nazis en el momento del peligro.

RUDOLF. ¿O quizá es que mi advertencia ha venido justamente en el momento preciso?

IRMA. Quizá sí. En todo caso yo sigo, hoy como siempre, siendo dueña de mí misma.

RUDOLF. Que así sea, Irma Schwarz.

IRMA. Os lo prometo, Rudolf Möller. *(Pausa.)* Ahí viene Hans.

## *Escena 6*

Dichos y HANS que llega por la derecha. Tiene 40 años, tipo intelectual.

HANS. Buenos días, Irma. *(Le da la mano.)* Caballero… *(Se inclina ante* RUDOLF.*)*

IRMA. Camarada Pfauffer, te presento al camarada Möller de la Gestapo de Hamburgo.

Camarada Möller, el señor ingeniero de la Unidad Extractiva. *(*RUDOLF *saluda brazo en alto.* HANS *contesta sin tanta energía.)*

RUDOLF. ¿No nos conocemos, camarada Pfauffer?

HANS. No puedo recordar…

RUDOLF. No tiene importancia.

HANS. ¿No es indiscreto preguntar a qué debemos su visita? Pocas veces hasta este rincón…

RUDOLF. De ningún modo. Seguimos la pista a un prófugo. Se sospecha que se dirige aquí con objeto de cometer algún sabotaje. La mina no tiene vigilancia especial…

HANS. Habrá que tomar precauciones.
RUDOLF. Sí, les mandaré a Vds. un pequeño destacamento.
HANS. No será preciso…
RUDOLF. En fin, cumplida mi misión voy a seguir inspeccionando los alrededores.
HANS. Suerte. Encantado de haberle conocido.

RUDOLF *monta en el sidecar y sale con los SS.*

## *Escena 7*

IRMA y HANS

HANS. No contestaste antes a mi saludo, Irma.
IRMA. Perdona, Hans, no lo había advertido.
HANS. Algo me dice que este hombre te ha traído alguna mala noticia. Advierto en tus ojos los rasgos de la preocupación.
IRMA. No hay nada de eso.
HANS. Y para mí es sacrílego que un rostro como el tuyo se contraiga con esas feas muecas varoniles y recias del dolor mental, del mando, de la preocupación, de la responsabilidad.
IRMA. No está entre los deberes de Jefe de la Explotación el de explorar mis rasgos fisionómicos. Si en mi rostro hay preocupación, déjala estar.
HANS. Antes dedicaba toda mi atención a los fenómenos sorprendentes del subsuelo.

Mi mirada ágil parecía adivinar la dirección de los filones e indicaba a mis obreros con toda seguridad la ruta a seguir.

Un gran vacío había en torno a mí, y, por eso, en mí mismo me reconcentraba. Una vez y otra vez exploraba mi corazón y mi cerebro intentando encontrar la seguridad de un sentimiento, de una verdad.

Los hombres puros de la montaña me recibieron con su sencillez. Y yo comprendí las simples ansias de sus vidas rectas. Me encontré más a mí mismo y permanecí sereno ante ellos.

IRMA. ¿Encontraste el secreto egoísta de la felicidad?

HANS. No; yo no era como ellos. Los comprendía, pero desde dentro de mi complejidad.

Sólo una amputación, un renunciamiento, podía hacerme coincidente con sus vidas y con sus hechos.

IRMA. ¿Pero crees, en realidad, que tiene razón de ser esa construcción tuya de una personalidad compleja y refinada? ¿Por qué te niegas a reconocerte igual a todos los demás? Tú, yo, el capataz, los obreros… ¿qué diferencias puede haber entre nosotros?

HANS. Un día te conocí. ¡Ah! Entonces comprendí toda la limitación falsa de mi actitud, toda la inconsciente renunciación que había de mi trabajo. ¡Aún había cosas perfectas bajo el cielo! ¡Tú existías!

IRMA. El individuo no puede ser perfecto. Únicamente lo es el Estado. Únicamente Alemania.

HANS. Tú te niegas a vivir. En el fondo, late en ti una gran cobardía. No piensas con tus ideas, sino con las del Partido. Quieres hacerte creer a ti misma que esto lo haces para evitar la traición, pero la única verdad es que te asustaría encontrarte de pronto con la verdadera Irma y prefieres seguir con el monigote Irma-Jefe de Grupo.

IRMA. No es cierto. Yo soy absolutamente sincera. La realidad de mi sacrificio lo prueba.

Bien sé que la vida es más dulce que la que yo llevo. Bien sé la maravilla de voluptuosidad y de dulzura que puede haber en el amor. Pero yo no renuncio: soy fiel a mi raza y a mi credo. Todo lo que soy es alemán y en este momento ni uno solo de mis pensamientos puede moverse en otra dirección. Mi felicidad personal es algo que apenas cuenta. Es un razonamiento egoísta el de aquellos que llevan en su boca la palabra felicidad. Yo desprecio toda asechanza y toda tentación. Yo soy fuerte y pura. Yo reclamo para mí todos los deberes porque no solicito otro derecho que el de servir a mi Patria.

HANS. ¡Irma…!

IRMA. Basta, señor Ingeniero. No admito otra palabra. Falta muy poco para que crea que es Vd. un traidor y que intenta

arrastrarme a mí también a su degradación. Es Vd. dueño de hacer lo que guste. Para ese crimen no sólo se guarda el castigo, sino el desprecio también.

HANS. Irma, te arrebatas inútilmente. Ni yo te he dicho que traiciones a nadie, ni yo he pensado en absoluto en traicionar a mi Patria. ¿Crees acaso que soy incapaz de comprender cuál es mi deber en este momento?

Lo sé perfectamente. Con todo mi entusiasmo trabajo por el triunfo. No sabes hasta qué punto es consustancial el destino de la Patria con el mío. Un hombre que ha renunciado ya a todo otro apoyo necesita forzosamente creer en la Patria.

A lo largo de estos años he visto desmoronarse muchas cosas… no quiero verse desmoronar otra entre mis dedos.

IRMA. ¿También tú?

HANS. ¿Qué?

IRMA. Veo crecer alrededor un nuevo espanto. Por todas partes presagios de derrota.

¿Podemos en realidad ser dignos de sufrir tanto? ¿Puede haber algo tan supremamente injusto sobre la tierra?

HANS. ¡Ingenua! ¿Crees aún en alguna norma externa de Justicia?

IRMA. Quiero creer.

HANS. No. Estás sola. A no ser que quieras contar conmigo. *(Le ofrece su mano.)*

IRMA. Prefiero mis camaradas… mis innumerables camaradas… Los que caen de cara al enemigo y los que encuentran el fin de su vida en el fondo del océano envueltos por la coraza de acero de su valeroso ataúd. Los que descienden al fondo de las minas y los que curten su piel en el fuego de los altos hornos. Los que sufren y los que cantan. Los que lloran y los que ríen a lo lejos.

Ah, sí. Prefiero mis camaradas. No te quiero a ti, egoísta individuo, pálida unidad, sucio recogedor de felicidad. Prefiero mil veces su desgracia infinita a tu limitada felicidad.

HANS. Mujer… mujer… hablas con palabras que no son tuyas. Repites todas las proclamas del Partido. En tu cabeza

revolotean las páginas del libro de Mando. Hay dos personas en ti…

IRMA. Soy yo. ¡Soy yo! Irma Schwarz. La camarada Irma Schwarz. Soy yo. *(Con exaltación.)* Irma Schwarz nunca ha faltado a su palabra. Irma sostendrá su juramento. ¡Seré fiel a todos mis camaradas! *(Pausa.)*

HANS. Y aun así, eres maravillosa. *(Vase.)*

*Se oye la lejana explosión de un barreno y el ruido de las grúas mientras* HANS *se dirige lentamente a su trabajo.*

# Índice

Introducción, *por Fernando Doménech Rico* . . . . . 7

IRMA . . . . . 29
LOS CHURROS ESTÁN FRÍOS . . . . . 131
LA NOVIA QUE NO SE VE . . . . . 139
VIAJE HASTA EL LÍMITE . . . . . 149
CLAUDIA . . . . . 223
OLGA . . . . . 303

Notas . . . . . 329